

Revista uruguaya

Un novelista argentino que importa

Al cumplir su primer año de existencia, esta publicación cuatrimestral reitera y amplía en un número llamado "extraordinario" las virtudes que expusiera las entregas anteriores. Incluye artículos de autores, temática y orientación de la más extrema heterogeneidad. En la mayoría de ellos se apunta tanto al especialista como al lector común, mezclando el rigor científico con la descripción aproximada y descriptiva. Isaac Ganoa escribe "Sobre la familia uruguaya", un artículo abundante en estadísticas, preocupado sobre todo por la disminución de la natalidad que se comprueba actualmente. El argentino Alfredo Povina esboza una "Introducción a la Sociología de los valores sociales", con carácter de breve introducción. El boliviano Humberto Guzmán Arze expone en forma convincente la psicología, tan tergiversada por apreciaciones superficiales, del indígena de su país. El brasileño Carvalho Neto describe el carnaval montevideano, lo compara con su antecesor, el carnaval carioca, y deduce, con flagrante unilateralidad, la influencia según él, paralizante del Estado. El chileno Astolfo Tapia Moore destaca "La importancia de la Sociología en la Enseñanza Universitaria", y el ruso P. A. Sorokin postula, con argumentos en gran parte obvios, la importancia determinante del factor de creación en la historia de la humanidad. El tomo ofrece además abundante información, sobre todo bibliográfica. El tono general, con ser serio y cuidado, rehuye tanto el énfasis como la sutileza. Su lectura queda así, salvo alguna excepción, al alcance de los lectores no especializados.

W. L.

(*) BOLETIN URUGUAYO DE SOCIOLOGIA, Año III, Nos. 4 y 5, Montevideo, 1963, 118 pp.

Discreta revisión de la guerra nipona

Un inglés, víctima de las torturas infligidas por un oficial japonés durante la pasada guerra, reconoce a su verdugo en un representante comercial que llega a Londres bajo nombre supuesto (*). Un antiguo juramento de venganza recobra en él actualidad, y acude en consecuencia a reclamar su cumplimiento a los compañeros de entonces. Dialoga con ellos, discute y rebate los sentimientos y consideraciones con que todos argumentan sus respectivos desentendimientos. Finalmente, habiendo quedado a solas con su determinación, enfrenta a su verdugo y lo mata, luego de un último diálogo en el que llega a quedar en algún momento a merced del japonés. La novela avanza lentamente, como el personaje central, cuya cojera es utilizada en tal sentido con discreta pero eficiente recurrencia. Se habla mucho (la novela es en realidad una sucesión de deposiciones en un proceso cuyo episodio final es presentado en el comienzo); la determinación del personaje, su necesidad irrenunciable de restaurar la justicia por mano propia, su absoluta impiedad, casi serena, permiten una dialéctica que no brillará por su agudeza, pero que se va desarrollando con lógica escueta y rigurosa en una sucesión de frases, actitudes y fórmulas cuidadosamente ligadas a la situación. En algún pasaje la novela parece querer naufragar en el manido mito de la crueldad nipona, pero una alusión a Hiroshima y Nagasaki, y el modo de sostenerla, sin considerarla, del "vengador" (con un reticente "lo siento, pero no lo creo"), si-

Haroldo Conti nace en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, en 1925. A lo largo de su vida ha sido, entre otras cosas, asistente de dirección cinematográfica, piloto civil (así conoció el Tigre) y diplomado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En 1962 gana, con la novela que hoy nos ocupa (*), el Premio del concurso que organiza la Compañía General Fabril Editora. El jurado —integrado por María Angélica Bosco, Marco De-novi, Amaro Fernández, Jorge Masciángoli y Marcos Victoria—, como algunas veces (muy pocas) sucede, creemos no se equivocó.

En un estilo abigarrado, de extraordinario vigor expresivo (sin las afectaciones seoliterarias al uso —lamentable comprobación— de que hacen gala muchas de las últimas producciones de los más jóvenes narradores del Plata), Haroldo Conti elabora un sobrecogedor relato de hondas y entrañables significaciones que, desde las primeras páginas, obliga a compartir aún al más desatento de los lectores. Sudeste es la vida del Boga, un hombre del Delta, que "se movía transportando consigo aquel mundo, dondequiera que fuese", porque "el viento había ajado sus manos y su rostro, de piel tensa y curtida", la lejanía vaciada sus ojos y la soledad tornada "abstraída y musita". El Boga, cuyo nombre es, como todos los demás de la novela, de un valor simbólico evidente, "no habría sido capaz de rebelarse contra nada, ni forzar la vida, el río, en lo más mínimo". Porque "él aceptaba todo, en cierta forma era todo", ya que "el dolor y el placer se sucedían inesperadamente, uno tras el otro, cada cosa traía a la otra, de manera que si se mira bien todo era en el fondo la misma cosa, un agua oscura e incontenible corriendo en forma interminable".

Sudeste es, por eso, también la vida del río ("semejante a la eternidad" dirá Conti en algún pasaje), que "es ajeno a todo sentimiento, pero muy a menudo parece animado por un humor sombrío", pero que "todo lo que se puede decir" de él es que "es espléndido y el hombre se siente misteriosamente atraído", lo que "le induce a pensar que es bueno" cuando "lo cierto es que, en el fondo, más a menudo este río parece endiabladamente astuto y torvo y hasta ruin".

Asimismo, entonces, al desarrollo de la vida del Boga, en y por el río. Este comienza trabajando con "el viejo" en el junco: allí "apareció el Boga, no bien comenzó el corte". "Era un trabajo sucio y muy duro que los embrutecía poco a poco" y que los dos hombres efectuaban hablando "nunca más de lo necesario". Al fin, "al borde de la primavera", el viejo se enferma ("dice que se va a morir", exclama la vieja, su compañera), lo trasladan al hospital de San Fernando y "sereno y victorioso y tremendamente digno" muere ("¡Viejito fue todo lo que dijo", aferrado a una de las manos de su mujer).

De ahí en adelante ("El río cambia. A veces es duro y amargo, pero otras veces parece hecho a la medida del hombre"), y a partir de la visión del "Pintarrito", "un queche aparejado a la antigüedad", que lo deslumbró, mientras "el sudeste sopla parejo pero más suave, trayendo ese olor semejante al del mar" (todo esto "bien podría ser considerado como una señal"), el Boga se encuentra solo, dueño de la libertad de elegirse un destino; lo hace, al aceptar la inexorabilidad del mismo. ("Había cruzado las manos bajo la nuca y

observaba el resplandor de la noche a través de los claros de la paja del techo. El agua estaba cubriendo la tierra. Podía oírlo. El estaba tendido en aquel cobertizo, en medio de una inmensidad deshabitada. En cierto modo, era como estar tendido en una balsa que boyaba a la deriva. Este sentimiento le producía un raro contentamiento. Se sentía respirar y moverse levemente con mil movimientos y arridos de sus ropas húmedas, duras y mugrientas; se oía y se sentía de cien formas, en toda la extensión de su cuerpo. Y su propia presencia pesaba sobre él, como algo latente, cálido y muy solitario. Era, en este momento, el centro de ese mundo anegado por las aguas. Un sobreviviente. El silencio y la noche, y las aguas desbordadas y la soledad de aquel río semejante al mar venían a morir alrededor de él. El sentimiento de esto, no la idea, le provocaba una extraña alegría y una especie de rara seguridad. No tenía que marchar hacia nada. Ahora todo convergía hacia él").

El pasaje de las estaciones, el río, el viento sudeste, y el Boga para aquí y para allá: encuentros con "el hombrerito y el perro", con "el largo Fourcade", y muchas otras cosas más; pero una sola evidencia: se está cumpliendo, con la inexorabilidad de que habíamos ramado, el destino trágico del hombre. Todo es aquí alegórico; todo quizá pueda explicarse en términos de un conflicto existencial; pero nos interesa destacar la fluidez narrativa de Conti, su capacidad para dominar una trama tan complicada, de tantos hilos, y la absoluta seguridad con que nos lleva por la geografía humana que nos va descubriendo.

Después de tanto andar ("Era como si lo hubiese buscado a través de todo el verano y lo encontrase ahora, en el corazón del invierno, olvidado de toda su historia"), el Boga se establece en el "viejo y abatido 'Aleluya'", un barco abandonado que actuará como agente catalizador para que sobrevenga el fin, ineludible por aceptado. Se suceden entonces las aventuras con una suerte de marleantes (mitad contrabandistas, mitad rateros), que lo impulsan a una acción en la que él no tenía interés. Pero será sólo después de ese proceso de degradación que con ellos realiza que, ya ni sintiendo al cuerpo para nada, "ni siquiera como un peso, sino más bien al barco", porque "él y el barco, este triste 'Aleluya', eran ahora una misma cosa que muere con el día", se encuentra a sí mismo, para morir a solas, y con su libertad recuperada.

Muy poco hemos dicho de Sudeste. Pero otra cosa no podíamos hacer: los límites que impone una reseña no nos lo permiten. La novela es demasiado valiosa como para ser encerrada en ellos. Sólo resta recomendar su lectura, a partir de algunos de los cabos que hemos lanzado para que se pueda comprender cómo y con qué trabaja el autor.

No conocemos "La causa", cuento con el que Conti obtuvo su primer éxito literario (una mención en el concurso de "Life en español"). Pero nos basta con Sudeste para apostar a favor de su autor, con la seguridad de que su nombre importará, y mucho.

E. F.

* HAROLDO CONTI: SUDESTE. Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1962, 160 pp.

túa la peripecia en un plano más significativo, como un conflicto entre la justicia a secas y los distintos modos de comprender, o de ceder, o de contemporizar, que van ejemplificando los sucesivos personajes. Dentro de su factura más bien irracional, la novela concreta su propósito con plausible discreción, sin caer en fáciles truculencias e iluminando sugestivamente las maneras particulares con que ciertos sentimientos, en su momento dominantes, se mantienen o se modifican, y sobre todo ese penoso problema de saber en qué grado, y con qué fundamento, el bien y el mal pueden ser administrados inconsultamente por los hombres.

W. L.

(*) JON MANCHIP WHITE: LA HORA DE LA RATA. Buenos Aires, Emecé, 1963. 214 pp. (Trad. Roberto Bixio).

La vida de José Ingenieros

La historia de una vida intensísima y cabalmente aprovechada, es la que nos brinda el prof. Bagú en su libro (*) sobre José Ingenieros. Verdadero maestro de juventudes, fue

autoridad en cada uno de los campos a que lo llevó su espíritu inquieto: filosofía, medicina, criminología, política, etc. Su obra inmensa en libros, monografías, artículos, comentarios críticos, se dividió entre la pura disciplina científica —donde sobresalió como uno de los pensadores más originales de América— y la lucha política que si, pasada su juventud dejó de embanderarse en algún partido, siempre tuvo como meta la soberanía popular y la defensa de la nacionalidad latinoamericana frente a los imperialismos. Ejemplo hoy lamentablemente raro de sabio y hom-

bre preocupado por las cosas de su tiempo político y social. Ingenieros fue además un divulgador de cultura (a través de sus numerosas ediciones populares), y un guía de las juventudes argentina y latinoamericana, desempeñando el verdadero papel de maestro que consiste en alentarlas, en empujarlas hacia adelante, quitándoles el temor a la lucha y al error.

B. N.

(*) SERGIO BAGU: VIDA DE JOSE INGENIEROS. Buenos Aires, Eudeba, 1963. 107 pp.

Carta de Rafael Alberti

CON motivo de nuevos atropellos que se cometieron en el Penal de Burgos contra los detenidos políticos, en particular los intelectuales que se negaron a asistir a misa, el poeta Rafael Alberti, quien se encuentra actualmente en París ha dirigido una carta a los escritores y artistas del mundo entero reclamándoles su ayuda y solidaridad:

Amigos:

Un poeta español escribe desde la cárcel: "Ellos registran mi traje y me quitan la pluma, el corazón, la patria". Este hombre así despojado se llama Vidal de Nicolás Moreno. Está en el penal de Burgos, y al martirio de su reclusión ha de añadir el ver reducida su existencia a respirar en una celda de castigo por haberse negado a oír Misa, formando junto a otros reclusos en el patio de la cárcel.

No sé cuando tomó esta decisión. Más tarde le siguieron en el uso de su libertad de negación Vicente Llopis y el estudiante Jorge Conill. Les han prohibido fumar, sentarse, leer, comunicarse con sus familiares. Los han reducido a un estado peligroso de desnutrición, de enfermedad, de angustia, amenazándolos, rapandoles la cabeza obligándolos a arrodillarse. Todo esto se deriva del ejercicio de un pequeño derecho que hasta el reglamento de las prisiones parece tener en cuenta: se negaron a asistir a la misa reglamentada porque no son creyentes.

No debe ser muy fácil negarse a nada, cuando después de tantos años un régimen ha perfeccionado sus métodos de coacción y de tortura. Debieron de hacerlo no por alarde, tal vez por respeto de sí mismos.

Les pareció una farsa inútil asistir a aquella manifestación religiosa impuesta por los que les quitaban la pluma, el corazón, la patria. Aunque los habían reducido, acorralándolos contra la desesperación de una cárcel, les quedaba intacto el último reducho del hombre al que no se puede encarcelar les quedaba intacta su conciencia. Reclamaron su pequeño derecho y lo plantearon como un escándalo, porque sabían que nadie puede estar obligado "a aceptar o rechazar la verdad", que ninguna práctica ideológica puede ser impuesta por la fuerza y que a "cristianos" —como diría Miguel de Unamuno— no se puede imponer a Cristo.

Gracias a esa turbación de la conciencia de unos detenidos políticos del penal de Burgos, hemos conocido la enorme arbitrariedad que allí ocurre y cuantos son los intelectuales encarcelados, además de estos tres, sometidos a las vejaciones de un régimen que cree que bastan unos muros para acallar la conciencia del hombre.

Perdón si una vez más vuelve el dolor de España a llamar a vuestra puerta. Llegó el penal de Burgos. Pide vuestro apoyo de escritores y artistas libres. Ruega que le escuchen. Una violación más del derecho natural del hombre se produce sobre unos encarcelados sin defensa. ¿Cómo no solicitar el peso de vuestra influencia ante las autoridades civiles y eclesiásticas de España? Puede que gracias a ella unos hombres alcancen el levantamiento de un castigo injusto, garantías para la libertad de su conciencia humana, la anulación del estatuto del preso político, que sistemáticamente se les niega.

¡Es salud, con su profunda gratitud.

Rafael ALBERTI.

CONO SUR

de Hiber Conteris
SIN HORIZONTE

de Claudio Trobo

1a. y 2a. Mención del concurso de narrativa

"Marcha" - 1963

EDICIONES MARCHA
EDITORIAL MEDINA

Tristán Narvaja 1547 - Tel. 44100-45800